



# **LA ALQUIMIA DE LA FELICIDAD**

**MUHAMMAD AL GHAZALI**

**Traduccion Por  
Ali Eren İSMAİLOĞLU**

## ÍNDICE

Introduction.....	3
Capítulo 1. El Conocimiento De Sí Mismo .....	4
Capítulo 2. El Conocimiento De Dios .....	11
Capítulo 3. El Conocimiento De Este Mundo .....	18
Capítulo 4. El Conocimiento Del Próximo Mundo .....	23
Capítulo 5. El Amor De Dios.....	32

## INTRODUCCIÓN

**S**EPAN, oh amados, que el hombre no fue creado en broma o al azar, sino maravillosamente hecho y para un gran fin. Aunque no es del eterno, vive para siempre; y aunque su cuerpo es mezquino y terrenal, su espíritu es sublime y divino. Cuando en el crisol de la abstinencia se purga de las pasiones carnales, alcanza lo más alto, y en lugar de ser un esclavo de la lujuria y la ira se vuelve dotado de cualidades angelicales. Al alcanzar ese estado, encuentra su cielo en la contemplación de la Belleza Eterna y ya no en las delicias carnales. La alquimia espiritual que opera este cambio en él, como la que transmuta los metales básicos en oro, no se descubre fácilmente ni se encuentra en la casa de toda anciana. Es para explicar esa alquimia y sus métodos de funcionamiento por lo que el autor ha emprendido este trabajo, que ha titulado, *La alquimia de la felicidad*. Ahora bien, los tesoros de Dios, en los que se debe buscar esta alquimia, son los corazones de los profetas, y el que la busque en otra parte, se sentirá decepcionado y arruinado en el día del juicio cuando oiga la palabra: "Hemos levantado el velo lejos de ti, y tu vista es hoy aguda." Dios ha enviado muchos profetas a la tierra para enseñar a los hombres la prescripción de esta alquimia, y cómo purificar sus corazones de las cualidades más básicas en el crisol de la abstinencia. Esta alquimia puede describirse brevemente como apartarse del mundo hacia Dios, y sus componentes son cuatro:

1. El conocimiento de sí mismo
2. El conocimiento de Dios
3. El conocimiento de este mundo como realmente es.
4. El conocimiento del próximo mundo como realmente es.

Ahora procederemos a exponer estos cuatro componentes en orden.



*CAPÍTULO UNO*

## **EL CONOCIMIENTO DE SÍ MISMO**

**E**l conocimiento de uno mismo es la clave para el conocimiento de Dios, según el dicho: "El que se conoce a sí mismo conoce a Dios", y como está escrito en el Corán, "Les mostraremos Nuestros signos en el mundo y en sí mismos, para que la verdad les sea manifiesta ". Ahora nada está más cerca de ti que tú mismo, y si no te conoces a ti mismo, ¿cómo puedes saber otra cosa? Si dices "Me conozco a mí mismo", es decir, tu forma exterior, cuerpo, rostro, extremidades, etc., ese conocimiento nunca podrá ser una clave para el conocimiento de Dios. Tampoco, si tu conocimiento en cuanto a lo que está dentro sólo se extiende hasta el punto de que cuando tengas hambre, comas y cuando estés enojado, ataque a alguien. Progresarás más en este camino, porque las bestias son tus socios en este camino? Pero el verdadero autoconocimiento consiste en conocer las siguientes cosas: ¿Qué eres en ti mismo y de dónde has venido? ¿Adónde vas, y con qué propósito has venido a quedarte aquí un tiempo, y en qué consiste tu verdadera felicidad y miseria? Algunos de tus atributos son los de los animales, algunos de los demonios y algunos de los ángeles, y tienes que averiguar cuáles de estos atributos son accidentales y cuáles esenciales. Hasta que sepas esto, no podrás descubrir dónde está tu verdadera felicidad. La ocupación de los animales es comer, dormir y pelear; por tanto, si eres un animal, ocúpate en estas cosas. Los demonios están ocupados en provocar el mal y en la astucia y el engaño; si eres de ellos, haz su trabajo. Los ángeles contemplan la belleza de Dios y están completamente libres de cualidades animales, si eres de naturaleza angelical, entonces esfuérzate hacia tu origen, para que puedas conocer y contemplar al Altísimo y ser liberado de la esclavitud de la lujuria y la ira. También debes descubrir por qué has sido creado con estos dos instintos animales: si debes someterte y llevarte cautivo, o si debes someterlos y, en tu progreso ascendente, hacer de uno tu corcel y del otro tu arma.

El primer paso para el autoconocimiento es saber que estás compuesto por una forma externa, llamada cuerpo, y una entidad interna llamada corazón o alma. Por "corazón" no me refiero al trozo de carne situado a la izquierda de nuestro cuerpos, sino el que utiliza todas las demás facultades como sus instrumentos y servidores. En verdad, no pertenece al mundo visible, sino al invisible, y ha venido a este mundo como un viajero visita un país extranjero en aras de una mercancía, y pronto regresará a su tierra natal. Es el conocimiento de esta entidad y sus atributos lo que es la clave para el conocimiento de Dios.

Alguna idea de la realidad del corazón o espíritu, puede obtenerse cuando un hombre cierra los ojos y olvida todo lo que le rodea excepto su individualidad. De este modo también obtendrá un atisbo de la naturaleza interminable de esa individualidad. Sin embargo, la Ley prohíbe una investigación demasiado profunda de la esencia del espíritu. En el Corán está escrito: "Te preguntarán acerca del espíritu. Di: 'El espíritu procede de la orden de mi Señor'." Así se sabe mucho de ella que es una esencia indivisible perteneciente al mundo de los decretos, y que no es eterno, sino creado. Un conocimiento filosófico exacto del espíritu no es un paso previo necesario para caminar por el camino de la religión, sino que surge más bien como resultado de la autodisciplina y la perseverancia en ese camino, como dice el Corán: "Aquellos que se esfuerzan en Nuestro camino, en verdad los guiaremos por los caminos correctos".

Para la continuación de esta guerra espiritual mediante la cual se obtiene el conocimiento de uno mismo y de Dios, el cuerpo puede figurar como un reino, el alma como su rey y los diferentes sentidos y facultades como constituyendo un ejército. La razón puede llamarse visir o primer ministro, pasión por el recaudador de ingresos y enfado del oficial de policía. Con el pretexto de recaudar ingresos, la pasión tiende continuamente al saqueo por su propia cuenta, mientras que el resentimiento siempre tiende a la dureza y la severidad extrema. Ambos, el recaudador de ingresos y el oficial de policía, deben mantenerse en la debida subordinación al rey, pero no asesinados ni expulsados, ya que tienen sus propias funciones que cumplir. Pero si la pasión y el resentimiento dominan la razón, sobreviene infaliblemente la ruina del alma. Un alma que permite que sus facultades inferiores dominen a las superiores es como quien debe entregar un ángel al poder de un perro o un musulmán a la tiranía de un incrédulo. El cultivo de cualidades

demoníacas, animales o angelicales da como resultado la producción de caracteres correspondientes, que en el Día del Juicio se manifestarán en formas visibles, los sensuales como cerdos, los feroces como perros y lobos y los puros como ángeles. El objetivo de la disciplina moral es purificar el corazón del óxido de pasión y resentimiento, hasta que, como un espejo claro, refleja la luz de Dios.

Alguien puede oponer aquí: "Pero si el hombre ha sido creado con cualidades animales y demoníacas además de angélicas, ¿cómo vamos a saber que las últimas constituyen su esencia real, mientras que las primeras son meramente accidentales y transitorias?" A esto respondo que la esencia de cada criatura debe buscarse en lo más elevado y peculiar de ella. Así, el caballo y el asno son animales portadores de carga, pero la superioridad del caballo sobre el asno consiste en su adaptación para la batalla. Si falla en esto, se degrada al rango de animales portadores de carga. Lo mismo ocurre con el hombre: la facultad suprema en él es la razón, que lo capacita para la contemplación de Dios. Si esto predomina en él, cuando muere, deja atrás todas las tendencias a la pasión y al resentimiento, y se vuelve capaz de asociarse con los ángeles. En cuanto a sus meras cualidades animales, el hombre es inferior a muchos animales, pero la razón lo hace superior a ellos, como está escrito en el Corán: "Al hombre hemos sometido todas las cosas en la tierra". Pero si sus tendencias inferiores han triunfado, después de la muerte, siempre estará mirando hacia la tierra y anhelando los placeres terrenales.

Ahora el alma racional del hombre abunda en maravillas tanto de conocimiento como de poder. Por medio de él domina las artes y las ciencias, puede pasar en un instante de la tierra al cielo y viceversa, puede trazar un mapa del cielo y medir las distancias entre las estrellas. Con él también puede sacar los peces del mar y las aves del aire, y puede someter a sus animales de servicio, como el elefante, el camello y el caballo. Sus cinco sentidos son como cinco puertas que se abren al mundo exterior; pero, más maravilloso que esto, su corazón tiene una ventana que se abre al mundo invisible de los espíritus. En el estado de sueño, cuando se cierran las avenidas de los sentidos, esta ventana se abre y el hombre recibe impresiones del mundo invisible y, a veces, presagios del futuro. Su corazón es entonces como un espejo que refleja lo que está representado en la Tabla del Destino. Pero, incluso en el sueño, los pensamientos de las cosas mundanas opacan este espejo, de modo que las impresiones que

recibe no son claras. Sin embargo, después de la muerte, esos pensamientos se desvanecen y las cosas se ven en su realidad desnuda, y se cumple el dicho del Corán: "Te hemos quitado el velo y hoy tienes la vista aguda".

Esta apertura de una ventana en el corazón hacia lo invisible también tiene lugar en condiciones. Acercándose a los de inspiración profética, cuando las intuiciones surgen en la mente sin ser comunicadas a través de cualquier canal sensorial. Cuanto más se purifique un hombre de los deseos carnales y concentre su mente en Dios, más consciente será de tales intuiciones. Quienes no son conscientes de ellos no tienen derecho a negar su realidad.

Estas intuiciones tampoco se limitan únicamente a las de rango profético. Así como el hierro, con suficiente pulido, puede convertirse en un espejo, así cualquier mente, mediante la debida disciplina, puede volverse receptiva a tales impresiones. Fue en esta verdad que el Profeta insinuó cuando dijo: "Todo niño nace con una predisposición hacia el Islam; entonces sus padres lo hacen judío, cristiano o adorador de estrellas". Todo ser humano ha escuchado en lo más profundo de su conciencia la pregunta "¿No soy yo tu Señor?" y respondió "Sí". Pero algunos corazones son como espejos tan manchados de óxido y suciedad que no dan reflejos claros, mientras que los de los profetas y santos, aunque son hombres "de pasiones similares a las nuestras", son extremadamente sensibles a todas las impresiones divinas.

Tampoco es sólo en razón del conocimiento adquirido e intuitivo que el alma del hombre ocupa el primer lugar entre las cosas creadas, sino también en razón del poder. Así como los ángeles presiden los elementos, el alma gobierna los miembros del cuerpo. Aquellas almas que alcanzan un grado especial de poder no solo gobiernan su propio cuerpo sino también el de los demás. Si quieren que un enfermo se recupere, se recupere, o una persona en salud que se enferme, se enfermará, o si quieren la presencia de una persona se les acercará. Según que los efectos producidos por estas poderosas almas sean buenos o malos, se denominan milagros o hechicerías. Estas almas se diferencian de la gente común en tres formas: (1) lo que otros solo ven en los sueños que ven en sus momentos de vigilia. (2) Mientras que la voluntad de los demás solo afecta sus propios cuerpos, estos, por la fuerza de voluntad, pueden mover

cuerpos ajenos a ellos mismos. (3) El conocimiento que otros adquieren mediante un aprendizaje laborioso les llega por intuición.

Estos tres, por supuesto, no son las únicas marcas que los diferencian de la gente común, sino los únicos que entran en nuestro conocimiento. Así como nadie conoce la verdadera naturaleza de Dios sino Dios mismo, nadie conoce la verdadera naturaleza de un profeta sino un profeta. Tampoco es de extrañar, ya que en los asuntos cotidianos vemos que es imposible explicar el encanto de la poesía a alguien cuyo oído es insensible a la cadencia y el ritmo, o las glorias del color a alguien que es ciego. Además de la mera incapacidad, existen otros obstáculos para el logro de la verdad espiritual. Uno de ellos es el conocimiento adquirido externamente. Para usar una figura, el corazón puede representarse como un pozo y los cinco sentidos como cinco arroyos que continuamente le llevan agua. Para descubrir el contenido real del corazón, estas corrientes deben detenerse por un tiempo, en cualquier caso, y los desechos que han traído consigo deben ser retirados del pozo. En otras palabras, si queremos llegar a la verdad espiritual pura, debemos dejar de lado, por el momento, el conocimiento que ha sido adquirido por procesos externos y que con demasiada frecuencia se endurece en prejuicios dogmáticos.

Un error de tipo opuesto lo cometen las personas superficiales que, haciéndose eco de algunas frases que han captado de los maestros sufíes, se dedican a denunciar todo conocimiento. Esto es como si una persona que no era un experto en alquimia fuera a decir: "La alquimia es mejor que en oro", y rechazara el oro cuando se lo ofrecieron. La alquimia es mejor que el oro, pero los alquimistas reales son muy raros, al igual que los sufíes reales. El que tiene un mero conocimiento del sufismo no es superior a un erudito principal, como tampoco el que ha hecho algunos experimentos en alquimia tiene motivos para despreciar a un hombre rico.

Cualquiera que investigue el asunto verá que la felicidad está necesariamente ligada al conocimiento de Dios. Cada facultad nuestra se deleita en aquello para lo que fue creada: la lujuria se deleita en realizar el deseo, la ira en vengarse, el ojo en ver objetos hermosos y el oído en escuchar sonidos armoniosos. La función más elevada del alma del hombre es la percepción de la verdad; en esto, en consecuencia, encuentra su deleite especial. Incluso en asuntos insignificantes, como aprender ajedrez, esto es válido, y cuanto mayor sea el tema del conocimiento obtenido, mayor será el deleite. A un hombre le agradaría ser admitido en



la confianza de un primer ministro, pero ¡cuánto más si el rey se acerca a él y le revela secretos de estado!

Un astrónomo que, por su conocimiento, puede trazar un mapa de las estrellas y describir su curso, obtiene más placer de su conocimiento que el jugador de ajedrez del suyo. Entonces, viendo que nada es más alto que Dios, ¡cuán grande debe ser el deleite que brota del verdadero conocimiento de Él!

Una persona en la que ha desaparecido el deseo de este conocimiento es como quien ha perdido el apetito por la comida sana, o que prefiere alimentarse de arcilla a comer pan. Todos los apetitos corporales perecen al morir con los órganos que utilizan, pero el alma no muere y retiene todo el conocimiento de Dios que posee; no, lo aumenta.

Una parte importante de nuestro conocimiento de Dios surge del estudio y la contemplación de nuestro propio cuerpo, que nos revela el poder, la sabiduría y el amor del Creador. Su poder, en el que de una mera gota ha construido la maravillosa estructura del hombre; Su sabiduría se revela en sus complejidades y la adaptabilidad mutua de sus partes; y Su amor se demuestra por Su suministro no sólo de los órganos que son absolutamente necesarios para la existencia, como el hígado, el corazón y el cerebro, sino también los que no son absolutamente necesarios, como la mano, el pie, la lengua y el ojo. A estos ha añadido, como adorno, la negrura del cabello, el enrojecimiento de los labios y la curva de las cejas.

El hombre ha sido verdaderamente llamado un "microcosmos", o un pequeño mundo en sí mismo, y la estructura de su cuerpo debe ser estudiada no solo por aquellos que desean convertirse en médicos, sino por aquellos que desean alcanzar un conocimiento más íntimo de Dios del mismo modo que el estudio detenido de las sutilezas y matices del lenguaje en un gran poema nos revela cada vez más el genio de su autor.

Pero, al fin y al cabo, el conocimiento del alma juega un papel más importante para conducir al conocimiento de Dios que el conocimiento de nuestro cuerpo y sus funciones. El cuerpo puede compararse a un corcel y el alma a su jinete; el cuerpo fue creado para el alma, el alma para el cuerpo. Si un hombre no conoce su propia alma, que es lo más cercano a él, ¿de qué le sirve decir que conoce a los demás? Es como si un mendigo que no tiene los medios para comer afirmara poder alimentar a un pueblo.

En este capítulo hemos intentado, hasta cierto punto, exponer la grandeza del alma del hombre. Quien lo descuida y sufre su capacidad de oxidarse o degenerarse debe ser necesariamente el perdedor en este mundo y en el próximo. La verdadera grandeza; del hombre radica en su capacidad para el progreso eterno, de lo contrario en esta esfera temporal es el más débil de todas las cosas, estando sujeto al hambre, la sed, el calor, el frío y el dolor. Aquellas cosas en las que más se deleita son a menudo las más perjudiciales para él, y las cosas que le benefician no deben obtenerse sin esfuerzo y dificultad. En cuanto a su intelecto, un ligero desorden de la materia en su cerebro es suficiente para destruirlo o enloquecerlo; en cuanto a su poder, el aguijón de una avispa es suficiente para quitarle la tranquilidad y el sueño; en cuanto a su temperamento, le molesta la pérdida de un cantidad trivial de dinero; en cuanto a su belleza, es poco más que una materia nauseabunda cubierta de una piel clara. Sin un lavado frecuente, se vuelve absolutamente repulsivo y vergonzoso.

En verdad, el hombre en este mundo es extremadamente débil y despreciable; sólo en el próximo será de valor, si por medio de la "alquimia de la felicidad" asciende del rango de las bestias al de los ángeles. De lo contrario, su condición será peor que la de los brutos, que perecen y se convierten en polvo. Es necesario que él, al mismo tiempo que es consciente de su superioridad como clímax de las cosas creadas, aprenda a conocer también su impotencia, que también es una de las claves del conocimiento de Dios.



Y Allah Los hizo salir de los vientres de sus madres (al nacer) sin  
que supiesen nada, y les otorgó el oído, la vista y el  
entendimiento para que fueran agradecidos.

(16:78)

## *CAPÍTULO DOS*

# **EL CONOCIMIENTO DE DIOS**

**E**s un dicho muy conocido del Profeta que "El que se conoce a sí mismo, conoce a Dios"; es decir, por la contemplación de su propio ser y atributos, el hombre llega a algún conocimiento de Dios. Pero como muchos que se contemplan a sí mismos no encuentran a Dios, se deduce que debe haber alguna forma especial de hacerlo. De hecho, hay dos métodos para llegar a este conocimiento, pero uno es tan abstruso que no está adaptado a las inteligencias ordinarias y, por lo tanto, es mejor dejarlo sin explicar. El otro método es el siguiente: Cuando un hombre se considera a sí mismo sabe que hubo un tiempo en el que no existía, como está escrito en el Corán: "¿No se le ocurre al hombre que hubo un tiempo en el que no era nada? ? " Además, él sabía que estaba hecho de una gota de agua en la que no había intelecto, ni oído, vista, cabeza, manos, pies, etc. De esto es obvio que, sea cual sea el grado de perfección al que haya llegado, no se hizo a sí mismo, ni puede ahora hacer un solo cabello.

¡Cuánto más impotente era, entonces, su condición cuando era una mera gota de agua! Así, como hemos visto en el primer capítulo, encuentra en su propio ser reflejado en miniatura, por así decirlo, el poder, la sabiduría y el amor del Creador. Si todos los sabios del mundo estuvieran reunidos y sus vidas se prolongaran por un tiempo indefinido, no podrían lograr ninguna mejora en la construcción de una sola parte del cuerpo.

Por ejemplo, en la adaptación de los dientes frontales y laterales a la masticación de los alimentos, y en la construcción de la lengua, las glándulas salivantes y la garganta para su deglución, encontramos un artificio que no puede mejorarse. Del mismo modo, quien considere su mano, con sus cinco dedos de diferente longitud, cuatro de ellos con tres articulaciones y el pulgar con solo dos, y la forma en que puede usarse para agarrar, o para llevar, o para golpear, francamente reconozca que ninguna cantidad de sabiduría humana podría mejorarlo alterando el número y la disposición de los dedos, o de cualquier otra manera.

Cuando un hombre considera además cómo sus diversas necesidades de comida, alojamiento, etc., se abastecen ampliamente del almacén de la creación, se da cuenta de que la misericordia de Dios es tan grande como Su poder y sabiduría, como Él mismo dijo: "Mi misericordia es mayor que mi ira ", y según el dicho del profeta dice: "Dios es más tierno con sus siervos que una madre con su bebé lactante". Así, a partir de su propia creación, el hombre llega a conocer la existencia de Dios, a partir de las maravillas del poder y la sabiduría de Dios de su estructura corporal, y de la amplia provisión hecha para sus diversas necesidades del amor de Dios. De esta manera, el conocimiento de uno mismo se convierte en clave para el conocimiento de Dios.

Los atributos del hombre no solo son un reflejo de los atributos de Dios, sino que el modo de existencia del alma del hombre ofrece una idea del modo de existencia de Dios. Es decir, tanto Dios como el alma son invisibles, indivisibles, libres de espacio y tiempo, y fuera de las categorías de cantidad y calidad; ni las ideas de forma, color o tamaño pueden adherirse a ellos. A las personas les resulta difícil formarse una concepción de realidades que carecen de calidad y cantidad, etc., pero una dificultad similar se asocia a la concepción de nuestros sentimientos cotidianos, como la ira, el dolor, el placer o el amor. Son conceptos mentales y no pueden ser conocidos por los sentidos; mientras que calidad, cantidad, etc., son conceptos sensoriales. Así como el oído no puede reconocer el color, ni el ojo el sonido, así, al concebir las realidades últimas, Dios y el alma, nos encontramos en una región en la que los conceptos sensoriales no pueden participar. Tanto, sin embargo, podemos ver que, como Dios es el Gobernador del universo y, estando Él mismo más allá del espacio y el tiempo, la cantidad y la calidad, gobierna las cosas que están tan condicionadas, así el alma gobierna el cuerpo y sus miembros, siendo en sí mismo invisible, indivisible y desubicado en alguna parte especial. Porque, ¿cómo se puede ubicar lo indivisible en lo divisible? De todo esto vemos cuán cierto es el dicho del Profeta: "Dios creó al hombre a su semejanza".

Y, a medida que llegamos a algún conocimiento de la esencia y los atributos de Dios a partir de la contemplación de la esencia y los atributos del alma, llegamos a comprender el método de trabajo y gobierno de Dios y la delegación de poder a las fuerzas angelicales, etc., al observar cómo cada uno de nosotros gobierna su propio pequeño reino. Para tomar un

ejemplo simple: supongamos que un hombre desea escribir el nombre de Dios. En primer lugar, el deseo es concebido en su corazón, luego es transmitido al cerebro por los espíritus vitales, la forma de la palabra "Dios" toma forma en las cámaras del pensamiento del cerebro, de allí viaja por los canales nerviosos, y pone en movimiento los dedos, que a su vez ponen en movimiento la pluma, y así el nombre "Dios" se traza en el papel exactamente como había sido concebido en el cerebro del escritor. Del mismo modo, cuando Dios quiere algo, aparece en el plano espiritual, que en el Corán es llamado "Al Arsh (El Trono)" ; del trono pasa, por una corriente espiritual, a un plano inferior llamado "Al Kursi (La Silla)" ; luego, su forma aparece en la "Al Lawh Al Mahfuz (Tablilla del Destino)"; de donde, por mediación de las fuerzas llamadas "ángeles", asume actualidad y aparece en la tierra en forma de plantas, árboles y animales, representando la voluntad y el pensamiento de Dios, como las letras escritas representan el deseo concebido en el corazón y la forma presente en el cerebro del escritor.

Nadie puede entender a un rey sino a un rey, por lo tanto Dios nos ha hecho a cada uno de nosotros un rey en miniatura, por así decirlo, sobre un reino que es una copia infinitamente reducida del suyo. En el reino del hombre, el "trono" de Dios está representado por el alma, el Arcángel por el corazón, "la silla" por el cerebro, "la tabla" por la cámara del tesoro del pensamiento. El alma, en sí misma no ubicada e indivisible, gobierna el cuerpo como Dios gobierna el universo. En resumen, a cada uno de nosotros se le confía un pequeño reino y se le pide que no sea descuidado en su administración.

En cuanto al reconocimiento de la providencia de Dios, hay muchos grados de Conocimiento. El mero físico es como una hormiga que, arrastrándose sobre una hoja de papel y observando letras negras que se extienden sobre ella, debe referir la causa solo a la pluma. El astrónomo es como una hormiga de visión algo más amplia que debería ver los dedos moviendo la pluma, es decir, sabe que los elementos están bajo el poder de las estrellas, pero él no sabe que las estrellas están bajo el poder de los ángeles. Así, debido a los diferentes grados de percepción en las personas, deben surgir disputas en la búsqueda de efectos a causas. Aquellos cuyos ojos nunca ven más allá del mundo de los fenómenos son como aquellos que confunden a los sirvientes del rango más bajo con el rey. Las leyes de

los fenómenos deben ser constantes, o no podría existir la ciencia; pero es un gran error confundir a los esclavos con el amo.

Mientras exista esta diferencia en la facultad perceptiva de los observadores, las disputas deben continuar necesariamente. Es como si unos ciegos, al oír que un elefante había llegado a su pueblo, fueran a examinarlo. El único conocimiento de ella que pueden obtener proviene del sentido del tacto: uno agarra la pierna del animal, otro su colmillo, otro su oreja y, de acuerdo con sus diversas percepciones, percibirlo como una columna, un poste grueso o un edredón, cada uno tomando una parte del todo. Entonces el físico y el astrónomo confunden las leyes que perciben con el Legislador. Un error similar se atribuye a Abraham en el Corán, donde se relata que recurrió sucesivamente a las estrellas, la luna y el sol como objetos de su adoración, hasta que se dio cuenta de Aquel que hizo todo esto, exclamó: " Mas, cuando desapareció, dijo: "No amo lo que se desvanece" ".(6:76)

Tenemos un ejemplo común de esto refiriéndose a causas segundas lo que debería referirse a la causa primera en el caso de la llamada enfermedad. Por ejemplo, si un hombre deja de interesarse por los asuntos mundanos, concibe un disgusto por los placeres comunes y parece hundido en la depresión, el médico dirá: "Este es un caso de melancolía y requiere tal o cual receta". El físico dirá: "Esta es una sequedad del cerebro causada por el clima cálido y no se puede aliviar hasta que el aire se vuelve húmedo". El astrólogo lo atribuirá a alguna conjunción u oposición particular de planetas. "Hasta aquí llega su sabiduría", dice el Corán. No se les ocurre que lo que realmente ha sucedido es esto: que el Todopoderoso está preocupado por el bienestar de ese hombre y, por lo tanto, ha ordenado a Sus siervos, los planetas o los elementos, que produzcan en él tal condición que pueda apartarse del mundo a su Hacedor. El conocimiento de este hecho es una perla brillante del océano del conocimiento inspirador, para el cual todas las demás formas de conocimiento son como islas en el mar.

El médico, el físico y el astrólogo, sin duda, tienen razón cada uno en su rama particular de conocimiento, pero no ven que la enfermedad es, por así decirlo, un cordón de amor mediante el cual Dios atrae hacia sí, a los santos de quienes ha dicho: "Estuve enfermo y no me visitasteis". La enfermedad misma es una de esas formas de experiencia por las cuales el

hombre llega al conocimiento de Dios, como dice en boca de Su Profeta: "Las enfermedades mismas son Mis siervos y están apegados a Mis escogidos".

Las observaciones anteriores pueden permitirnos adentrarnos un poco más en el significado de esas exclamaciones tan a menudo en labios de los fieles: "Dios es santo", "Alabado sea Dios", "No hay más Dios que Allah", "Dios es grande." Con respecto a la última, podemos decir que no significa que Dios sea más grande que la creación, porque la creación es Su manifestación como la luz manifiesta el sol, y no sería correcto decir que el sol es más grande que su propia luz. Más bien significa que la grandeza de Dios trasciende infinitamente nuestras facultades cognitivas, y que solo podemos formarnos una idea muy vaga e imperfecta de ella. Si un niño nos pide que le expliquemos el placer que existe en ejercer la soberanía, podemos decir que es como el placer que siente al jugar al bate y la pelota, aunque en realidad los dos no tienen nada en común excepto que ambos entran en la categoría de placer. Por lo tanto, la exclamación "Dios es grande" significa que su grandeza supera con creces todos nuestros poderes de comprensión. Además, el conocimiento imperfecto de Dios que podemos alcanzar no es un mero conocimiento especulativo, sino que debe ir acompañado de devoción y adoración. Cuando un hombre muere tiene que ver solo con Dios, y si tenemos que vivir con una persona, nuestra felicidad depende enteramente del grado de afecto que le tengamos. El amor es la semilla de la felicidad, y la adoración fomenta y desarrolla el amor a Dios. Tal adoración y recuerdo constante de Dios implica cierto grado de austeridad y control de los apetitos corporales. No es que un hombre tenga la intención de abolirlos por completo, porque entonces la raza humana perecería. Pero deben establecerse límites estrictos a su indulgencia, y como un hombre no es el mejor juez en su propio caso en cuanto a cuáles deberían ser estos límites, es mejor que consulte a algún guía espiritual sobre el tema. Tales guías espirituales son los profetas, y las leyes que han establecido bajo inspiración divina prescriben los límites que deben observarse en estos asuntos. El que transgrede estos límites "daña su propia alma", como está escrito en el Corán.

A pesar de este pronunciamiento claro del Corán, hay quienes, por su ignorancia de Dios, transgreden estos límites, y esta ignorancia puede deberse a varias causas diferentes: En primer lugar, hay algunos que, al no

encontrar a Dios mediante la observación, concluyen que no hay Dios y que este mundo de maravillas se hizo a sí mismo, o existió desde la eternidad. Son como un hombre que, al ver una carta bellamente escrita, debería suponer que se había escrito sin un escritor, o que siempre había existido. Las personas en este estado de ánimo están tan equivocadas que es de poca utilidad discutir con ellas. Tales son algunos de los físicos y astrónomos a los que nos referimos anteriormente.

Algunos, por ignorancia de la naturaleza real del alma, repudian la doctrina de una vida futura, en la que el hombre será llamado a rendir cuentas y será recompensado o castigado. Se consideran a sí mismos como no mejores que los animales o vegetales, e igualmente perecederos. Algunos, por otro lado, creen en Dios y en una vida futura pero con una fe débil. Se dicen a sí mismos: "Dios es grande e independiente de nosotros; nuestra adoración o abstinencia de la adoración es un asunto de total indiferencia hacia Él". Su estado de ánimo es así; de un enfermo que, cuando su médico le prescribe cierto régimen, debería decir: "Bueno, si lo sigo o no lo sigo, ¿qué le importa al médico?" Ciertamente no le importa al médico, pero el paciente puede destruirse a sí mismo por su desobediencia. Con la misma certeza que una enfermedad corporal incontrolada termina en muerte corporal. Así, la enfermedad no curada del alma termina en miseria futura, según el dicho del Corán: "Sólo se salvarán los que se acerquen a Dios con un corazón puro".

Un cuarto tipo de incrédulos son los que dicen: "La Ley nos dice que nos abstengamos de la ira, la lujuria y la hipocresía. Esto es claramente imposible, porque el hombre fue creado con estas cualidades inherentes a él. También podría decirnos que hagamos blanco negro ". Estos necios ignoran que la ley no nos dice que desarraigemos estas pasiones, sino que las reprimamos dentro de los límites debidos, para que, evitando los pecados mayores, obtengamos el perdón de los menores. Incluso el Profeta de Dios dijo: "Soy un hombre como tú y me enojo como los demás"; y en el Corán está escrito: "Dios ama a los que se tragan su ira", no a los que no tienen ninguna ira.

Una quinta clase pone énfasis en la beneficencia de Dios e ignora su justicia, diciéndose a sí mismos: "Bueno, hagamos lo que hagamos, Dios es misericordioso". No consideran que, aunque Dios es misericordioso, miles de seres humanos mueren miserablemente de hambre y enfermedad. Saben que todo aquel que desee ganarse la vida, riqueza o conocimiento,



no debe simplemente decir: "Dios es misericordioso", sino que debe esforzarse. Aunque el Corán dice: "El apoyo de toda criatura viviente proviene de Dios", también está escrito: "El hombre no obtiene nada excepto esforzándose". El hecho es que esa enseñanza es realmente del diablo, y esas personas solo hablan con los labios y no con el corazón.

Una sexta clase afirma haber alcanzado tal grado de santidad que el pecado no puede afectarlos. Sin embargo, si tratas a uno de ellos con falta de respeto, te guardará rencor durante años, y si uno de ellos se ve privado de un bocado de comida que considera que se le debe, el mundo entero le parecerá oscuro y estrecho. Incluso si alguno de ellos conquista realmente sus pasiones, no tienen derecho a hacer tal afirmación, porque los profetas, los más altos de la humanidad, constantemente confesaron y lamentaron sus pecados. Algunos de ellos tenían tal temor al pecado que incluso se abstuvieron de las cosas lícitas; así, se cuenta del Profeta que, un día, cuando le habían traído un dátil, no lo comía, ya que no estaba seguro de que hubiera sido lícito obtenerlo. Mientras que estos desconsiderados tragarán galones de vino y afirmarán (me estremezco mientras escribo) ser superiores al Profeta cuya santidad fue puesta en peligro por una fecha, ¡mientras que la suya no se ve afectada por todo ese vino! Seguramente merecen que el diablo los arrastre a la perdición. Los verdaderos santos saben que quien no domina sus apetitos no merece el nombre de un hombre, y que el verdadero musulmán es aquel que reconoce con alegría los límites impuestos por la Ley. Aquel que se esfuerza, con cualquier pretexto, por ignorar sus obligaciones, ciertamente está bajo la influencia satánica, y se le debe hablar, no con una pluma, sino con una espada. Estos pseudo-místicos a veces fingen estar ahogados en un mar de maravillas, pero si les preguntas qué es lo que se preguntan, no lo saben. Se les debe decir que se pregunten todo lo que quieran, pero al mismo tiempo que recuerden que el Todopoderoso es su Creador y que ellos son Sus siervos.



Di: "Él es Al-lah, Uno. Allah, el Eterno. No engendró ni fue engendrado. Y no hay nada ni nadie que sea semejante a Él".

(112:1-4)

*CAPÍTULO TRES*

## **EL CONOCIMIENTO DE ESTE MUNDO**

**E**ste mundo es un escenario o mercado por el que pasan los peregrinos en su camino hacia el siguiente. Es aquí donde deben proveerse de provisiones para el camino; o, para decirlo claramente, el hombre adquiere aquí, mediante el uso de sus sentidos corporales, algún conocimiento de las obras de Dios y, a través de ellas, de Dios mismo, cuya vista constituirá su futura bienaventuranza. Es por la adquisición de este conocimiento que el espíritu del hombre ha descendido a este mundo de agua y arcilla. Mientras sus sentidos permanezcan con él, se dice que está "en este mundo"; cuando se van, y sólo quedan sus atributos esenciales, se dice que se fue al "el siguiente mundo".

Mientras el hombre está en este mundo, dos cosas son necesarias para él: primero, la protección y el cuidado de su alma; en segundo lugar, el cuidado y la nutrición de su cuerpo. La nutrición adecuada del alma, como se muestra arriba, es el conocimiento y el amor de Dios, y estar absorto en el amor de cualquier cosa que no sea Dios es la ruina del alma. El cuerpo, por así decirlo, es simplemente el animal de montar del alma, y perece mientras el alma perdura. El alma debe cuidar el cuerpo, como un peregrino que va de camino a La Meca cuida de su camello; pero si el peregrino pasa todo el tiempo alimentando y adornando su camello, la caravana lo dejará atrás y perecerá en el desierto.

Las necesidades corporales del hombre son simples y se componen de tres categorías: comida, ropa y lugar de vivienda; pero los deseos corporales que le fueron implantados con miras a procurarlos tienden a rebelarse contra la razón, que es de un desarrollo posterior que ellos. En consecuencia, como vimos anteriormente, deben ser refrenados y restringidos por las leyes divinas promulgadas por los profetas.

Teniendo en cuenta el mundo con el que tenemos un tiempo para hacer, lo encontramos dividido en tres departamentos: animal, vegetal y mineral. Los productos de los tres son continuamente necesarios por el hombre y

han dado lugar a tres ocupaciones principales: las del tejedor, el constructor y el trabajador del metal. Estos, nuevamente, tienen muchas ramas subordinadas, como sastres, albañiles, herreros, etc. Ninguno puede ser completamente independiente de los demás; esto da lugar a diversas conexiones y relaciones comerciales y estas concede con demasiada frecuencia ocasiones para el odio, la envidia, los celos y otras enfermedades del alma. Por lo tanto, vienen las disputas y las luchas, y la necesidad de un gobierno político y civil y el conocimiento de la ley.

Así, las ocupaciones y negocios del mundo se han vuelto cada vez más complicadas y problemáticas, principalmente debido al hecho de que los hombres han olvidado que sus necesidades reales son solo tres: ropa, comida y refugio, y que éstas existen solo con el objeto de hacer del cuerpo un vehículo apto para el alma en su viaje hacia el próximo mundo. Han caído en el mismo error que el peregrino a La Meca, mencionado anteriormente, que, olvidándose del objeto de su peregrinaje y de sí mismo, debería dedicar todo su tiempo a alimentar y adornar su camello. A menos que un hombre mantenga la vigilancia más estricta, seguramente estará fascinado y enredado por el mundo, que, como dijo el Profeta, es "un hechicero más poderoso que Harut y Marut". (Dos ángeles enviados. Corán 2:102-103)

El carácter engañoso del mundo se manifiesta de las siguientes formas. En primer lugar, pretende que siempre permanecerá contigo, mientras que, en realidad, se aleja de ti, momento a momento, y te despide, como una sombra que parece estacionaria, pero en realidad siempre está. Moviente. Una vez más, el mundo se presenta bajo el disfraz de una hechicera radiante pero inmoral, finge estar enamorado de ti, te acaricia y luego se va hacia tus enemigos, dejándote morir de disgusto y desesperación. Jesús (¡sobre quien sea la paz!) Vio el mundo revelado en la forma de una vieja bruja fea. Le preguntó cuántos maridos había tenido; ella respondió que eran innumerables. Preguntó si habían muerto o se habían divorciado; ella dijo que los había matado a todos. "Me maravillo", dijo, "de los tontos que ven lo que has hecho a los demás y aún te desean".

Esta hechicera se viste con ropa preciosa y enjoyada y se cubre el rostro con un velo. Luego sale a seducir a los hombres, muchos de los cuales la siguen a su propia destrucción. El Profeta ha dicho que en el Día del Juicio, el mundo aparecerá en forma de una bruja espantosa con ojos verdes y dientes salientes. Los hombres, mirándola, dirán: "¡Piedad de

nosotros! ¿Quién es?" Los ángeles responderán: "Este es el mundo por el cual peleaste, peleaste y amargaste la vida unos a otros". Entonces será arrojada al infierno, de donde gritará: "¡Oh Señor! Donde son esos, mis antiguos amantes? " Entonces Dios ordenará que sean arrojados tras ella.

Quien contemple seriamente la eternidad pasada durante la cual el mundo no existió, y la eternidad futura durante la cual no existirá, verá que es esencialmente como un viaje, en el que las etapas están representadas por años, las ligas por meses, las millas por días y los pasos por momentos. ¡Qué palabras, entonces, pueden representar la locura del hombre que se esfuerza por convertirla en su morada permanente y hace planes con diez años de anticipación con respecto a cosas que tal vez nunca necesite, ya que muy posiblemente pueda estar bajo tierra en diez días!

Aquellos que se han entregado sin límites a los placeres del mundo, en el momento de la muerte serán como un hombre que se ha atiborrado de deliciosas viandas y luego las vomita. La delicia se ha ido, pero la desgracia permanece. Cuanto mayor sea la abundancia de las posesiones que han disfrutado en forma de jardines, esclavos y esclavas, oro, plata, etc., más intensamente sentirán la amargura de separarse de ellos. Esta es una amargura que durará más que la muerte, porque el alma que ha contraído la codicia como un hábito fijo, necesariamente en el próximo mundo sufrirá los dolores del deseo insatisfecho.

Otra propiedad peligrosa de las cosas mundanas es que al principio aparecen como meras bagatelas, pero cada una de estas así llamadas "bagatelas" se ramifica en incontables ramificaciones hasta que se tragan todo el tiempo y la energía de un hombre. Jesús (¡la paz sea con él!) Dijo: "El que ama al mundo es como un hombre que bebe agua de mar; cuanto más bebe, más sed tiene, hasta que al fin muere de sed sin saciar". El Profeta dijo: "No puedes mezclarte con el mundo sin ser contaminado por él de lo que no puedes sumergirte en el agua sin mojarlo".

El mundo es como una mesa extendida para sucesivos relevos de invitados que van y vienen. Hay platos de oro y plata, abundancia de comida y perfumes. El huésped sabio come todo lo que le basta, huele los perfumes, agradece a su anfitrión y se marcha. El invitado tonto, por otro lado, trata de llevarse algunos de los platos de oro y plata, solo para encontrarlos arrebatados de sus manos y él mismo empujado hacia adelante, decepcionado y deshonrado.

Podemos cerrar estas ilustraciones del engaño del mundo con la siguiente breve parábola. Supongamos que un barco llega a cierta isla boscosa. El capitán del barco les dice a los pasajeros que parará allí unas horas y que pueden desembarcar por un tiempo corto, pero les advierte que no se demoren demasiado. En consecuencia, los pasajeros desembarcan y caminan en diferentes direcciones. Los más sabios, sin embargo, regresan al cabo de poco tiempo y, al encontrar el barco vacío, eligen los lugares más cómodos en él. Una segunda banda de pasajeros pasa un poco más de tiempo en la isla, admirando el follaje de los árboles y escuchando el canto de los pájaros. Al subir a bordo, encuentran los mejores lugares del barco ya ocupados y tienen que contentarse con los menos cómodos. Un tercero vaga aún más lejos y, al encontrar algunas piedras de colores brillantes, las lleva de regreso al barco. Su tardanza en subir a bordo los obliga a refugiarse en las partes bajas del barco, donde encuentran sus cargas de piedras, que para entonces han perdido todo su brillo, mucho a su paso. El último grupo va tan lejos en sus andanzas que se alejan bastante de la voz del capitán que los llama a subir a bordo, y por fin tiene que zarpar sin ellos. Vagan de un lado a otro en una condición desesperada y finalmente mueren de hambre o son presa de las fieras.

El primer grupo representa a los fieles que se mantienen alejados del mundo por completo y el último grupo a los infieles que solo se preocupan por este mundo y nada por el próximo. Las dos clases intermedias son las que conservan su fe, pero se enredan más o menos con las vanidades de las cosas presentes.

Aunque hemos dicho tanto en contra del mundo, hay que recordar que hay algunas cosas en el mundo que no son de él, como el conocimiento y las buenas obras. Un hombre lleva consigo el conocimiento que posee al otro mundo y, aunque sus buenas acciones han pasado, el efecto de ellas permanece en su carácter. Este es especialmente el caso de los actos de devoción, que resultan en el recuerdo y el amor perpetuos de Dios. Estas se encuentran entre "las cosas buenas" que, como dice el Corán, "no pasan".

Hay otras cosas buenas en el mundo, como el matrimonio, la comida, la ropa, etc., que un hombre sabio usa en la medida en que lo ayudan a alcanzar el próximo mundo. Otras cosas que absorben la mente causando que se adhiera a este mundo y sea descuidado con el próximo, son puramente malos y fueron aludidos por el Profeta cuando dijo: "El mundo

es una maldición, y todo lo que hay en él es una maldición, excepto el recuerdo de Dios, y lo que le ayuda ".



Él es Quien creó siete cielos superpuestos. No verás ninguna imperfección en la creación del Misericordioso. Vuelve la vista y observa, ¿acaso ves algún fallo?

Luego vuelve la vista por segunda vez [buscando fallos en la creación] y tu mirada volverá a ti cansada y derrotada.

(67:3-4)

Él es Quien ha hecho para ustedes de la tierra un lugar para que residan en él, y del cielo, un techo<sup>1</sup> (protector). Y Él es Quien hace descender agua del cielo para que con ella broten frutos para su provisión. Así pues, no adoren a otros además de a Al-lah equiparándolos con Él, siendo que tienen conocimiento (de que Él es el único Creador).

(2:22)

Esta es la creación de Allah. Mostradme lo que crearon las otras divinidades (a las que adoráis) fuera de Él. Realmente, los injustos que rechazan la verdad están en un claro extravío.

(31:11)

## *CAPÍTULO CUATRO*

# **EL CONOCIMIENTO DEL PRÓXIMO MUNDO**

**E**n cuanto a las alegrías del cielo y los dolores del infierno que seguirán a esta vida, todos los creyentes en el Corán y las tradiciones proféticas están suficientemente informados. Pero a menudo se les escapa que también hay un cielo y un infierno espirituales, acerca del primero de los cuales Dios dijo a su profeta: "ojo no vio, ni oído oyó, ni ha subido al corazón del hombre el concebir las cosas que están preparados para los justos ". En el corazón del hombre iluminado hay una ventana que se abre a las realidades del mundo espiritual, de modo que él sabe, no por rumores o creencias tradicionales, sino por experiencia real, lo que produce desdicha o felicidad en el alma con la misma claridad y determinación como sabe el médico qué produce enfermedad o salud en el cuerpo. Reconoce que el conocimiento de Dios y la adoración son medicinales, y que la ignorancia y el pecado son venenos mortales para el alma. Muchos incluso los llamados hombres "eruditos", por seguir ciegamente las opiniones de los demás, no tienen certeza real en sus creencias con respecto a la felicidad o la miseria de las almas en el mundo venidero, pero quien se ocupará del asunto con una mente libre de prejuicios, legará a claras convicciones sobre este asunto.

El efecto de la muerte sobre la naturaleza compuesta del hombre es el siguiente: el hombre tiene dos almas, un alma animal y un alma espiritual, que es la última de naturaleza angelical. El asiento del alma animal es el corazón, del cual esta alma brota como un vapor sutil e impregna todos los miembros del cuerpo, dando el poder de la vista al ojo, el poder del oído al oído y a cada miembro el facultad de realizar sus propias funciones apropiadas. Puede compararse a una lámpara que se lleva dentro de una cabaña, cuya luz cae sobre las paredes por donde pasa. El corazón es la mecha de esta lámpara, y cuando se corta el suministro de aceite por

cualquier motivo, la lámpara se apaga. Tal es la muerte del alma animal. Con el alma espiritual o humana, el caso es diferente. Es indivisible y por él el hombre conoce a Dios. Es, por así decirlo, el jinete del alma animal, y cuando muere, aún permanece, pero es como un jinete que ha sido desmontado, o como un cazador que ha perdido sus armas. Ese corcel y esas armas le fueron concedidas al alma humana que por medio de ellas podría perseguir y capturar el Fenix del amor y conocimiento de Dios. Si ha efectuado esa captura, no es un dolor sino un alivio poder dejar esas armas a un lado y desmontar de ese fatigado corcel.

Por lo tanto, el Profeta dijo: "La muerte es un regalo bienvenido de Dios para el creyente". Pero, ¡ay de esa alma que pierde su corcel y sus armas de caza antes de haber capturado el premio! Su miseria y arrepentimiento será indescriptible.

Un poco más de consideración mostrará cuán completamente distinta es el alma humana del cuerpo y sus miembros. Miembro tras miembro pueden paralizarse y dejar de funcionar, pero la individualidad del alma permanece intacta. Además, el cuerpo que tienes ahora ya no es el cuerpo que tenías de niño, sino completamente diferente; sin embargo, tu Personalidad ahora es idéntica a tu personalidad entonces. Por tanto, es fácil concebirlo como persistente cuando el cuerpo se acaba por completo, junto con sus atributos esenciales que eran independientes del cuerpo, como el conocimiento y el amor de Dios. Este es el significado del dicho del Corán: "Las cosas buenas permanecen". Pero si, en lugar de llevarse consigo el conocimiento, se marcha en la ignorancia de Dios, esta ignorancia también es un atributo esencial y permanecerá como oscuridad del alma y semilla de miseria. Por lo tanto, el Corán dice: "Pero quien haya estado en esta vida ciego [en la incredulidad], en la otra también lo estará y más perdido aún."

La razón por la que el espíritu humano busca regresar a ese mundo superior es que su origen fue de allí, y que es de naturaleza angelical. Fue enviado a esta esfera inferior en contra de su voluntad para adquirir conocimiento y experiencia, como Dios dijo en el Corán: "Dijimos: ¡Descended todos del paraíso! Recibiréis de Mí una guía; quienes la sigan



no tendrán nada que temer (en la otra vida) ni se sentirán afligidos. ". El verso, "insuflamos en ella un soplo (de vida) proveniente de Nos (a través del ángel Gabriel)", también apunta al origen celestial del alma humana. Así como la salud del alma animal consiste en el equilibrio de sus componentes, y este equilibrio se restablece, cuando se ve afectado, por la medicina apropiada, la salud del alma humana consiste en un equilibrio moral que se mantiene y repara cuando es necesario. Por instrucción ética y preceptos morales.

En cuanto a su existencia futura, ya hemos visto que el alma humana es esencialmente independiente del cuerpo. Todas las objeciones a su existencia después de la muerte basadas en la supuesta necesidad de recuperar su antiguo cuerpo caen, por tanto al suelo. Algunos teólogos han supuesto que el alma humana es aniquilada después de la muerte y luego restaurada, pero esto es contrario tanto a la razón como al Corán. El primero nos muestra que la muerte no destruye la individualidad esencial de un hombre, y el Corán dice: "Y no digáis que quienes cayeron por la causa de Dios "Pero no creáis que quienes han caído defendiendo la causa de Dios están realmente muertos. Por el contrario, están vivos y colmados de gracias junto a su Señor. " No se dice una palabra en la Ley acerca de que algún muerto, bueno o malo, sea aniquilado. Es más, se dice que el Profeta cuestionó a los espíritus de los infieles asesinados si habían encontrado los castigos con los que los había amenazado, reales o no. Cuando sus seguidores le preguntaron de qué serviría interrogarlos, él respondió: "Escuchan mis palabras mejor que tú".

A algunos sufíes se les ha revelado el mundo invisible del cielo y el infierno cuando se encuentran en un estado de trance parecido a la muerte. Al recobrar la conciencia, sus rostros traicionan la naturaleza de las revelaciones que han tenido con marcas de alegría o terror. Pero no se necesitan visiones para probar lo que le ocurrirá a todo hombre pensante, que cuando la muerte lo ha despojado de sus sentidos y le ha dejado nada más que su personalidad desnuda, si mientras está en la tierra se ha apegado demasiado a los objetos percibidos por los sentidos, como esposas, hijos, riquezas, tierras, esclavos, hombres y mujeres, etc., necesariamente debe sufrir cuando se ve privado de esos objetos. Mientras

que, por el contrario, si en la medida de lo posible ha dado la espalda a todos los objetos terrenales y ha fijado su supremo afecto en Dios, acogerá la muerte como un medio de escapar de los enredos mundanos y de unión con Aquel a quien ama. En su caso se verificarán los dichos del Profeta:

"La muerte es un puente que une amigo a amigo" y "El mundo es un paraíso para los infieles, pero una prisión para los fieles"

Por otro lado, todos los dolores que sufren las almas después de la muerte tienen su origen en el amor excesivo al mundo. El Profeta dijo eso. Todo incrédulo, después de la muerte, será atormentado por noventa y nueve serpientes, cada una con nueve cabezas. Algunas personas ingenuas han examinado las tumbas de los incrédulos y se han maravillado de no ver estas serpientes. No comprenden que estas serpientes tienen su morada dentro del espíritu del incrédulo, y que existían en él incluso antes de que muriera, porque eran sus propias malas cualidades simbolizadas, como los celos, el odio, la hipocresía, el orgullo, el engaño, etc. cada uno de los cuales mana, directamente o remotamente, por amor al mundo. Tal es la condenación de aquellos que, en palabras del Corán, "pusieron su corazón en este mundo y no en el próximo". Si esas serpientes fueran meramente externas, podrían esperar escapar de su tormento, si fuera solo por un momento; pero, siendo sus propios atributos inherentes, ¿cómo pueden escapar?

Tomemos, por ejemplo, el caso de un hombre que ha vendido a una esclava sin saber cuánto estaba apegado a ella hasta que ella está fuera de su alcance. Entonces el amor por ella, hasta ahora dormido, se despierta en él con tal intensidad que equivale a una tortura, picando como una serpiente, de modo que de buena gana se arroja al fuego o al agua para escapar. Tal es el efecto del amor al mundo, que quienes lo tienen a menudo no sospechan hasta que el mundo les es arrebatado, y entonces el tormento del vano anhelo es tal que lo cambiarían gustosamente por cualquier número de simples serpientes y escorpiones externos.

Así, todo pecador lleva consigo al mundo más allá de la muerte los instrumentos de su propio castigo; y el Corán dice verdaderamente:

"Verás el infierno; lo verás con el ojo de la certeza", y "el infierno rodea a los incrédulos". No dice "los rodeará", porque los rodea incluso ahora.

Algunos pueden objetar: "Si ese es el caso, entonces, ¿quién puede escapar del infierno, porque quién no está más o menos ligado al mundo por diversos lazos de afecto e interés?" A esto respondemos que hay algunos, en particular aquellos que renuncian a adornos de la vida mundanal, que se han desvinculado por completo del amor al mundo. Pero incluso entre los que tienen posesiones mundanas como esposa, hijos, casas, etc., hay quienes, aunque tienen algún afecto por ellos, aman a Dios aún más. Su caso es como el de un hombre que, aunque tenga una morada que le guste en una ciudad, cuando el rey lo llama para ocupar un puesto de autoridad en otra ciudad, lo hace con gusto, como el cargo. de autoridad, le es más querido que su antigua morada. Tales son muchos de los profetas y santos.

Hay otros, y un gran número, que tienen algo de amor por Dios, pero el amor del mundo predomina tanto en ellos que tendrán que sufrir mucho dolor después de la muerte antes de ser completamente destetados. Muchos profesan amar a Dios, pero un hombre puede ponerse a prueba fácilmente observando en qué dirección se inclina el equilibrio de su afecto cuando los mandamientos de Dios entran en colisión con algunos de sus deseos. La profesión de amor a Dios que es insuficiente para abstenerse de desobedecer a Dios es una mentira.

Hemos visto anteriormente que una clase de infierno espiritual es la separación forzosa de las cosas mundanas a las que el corazón se adhiere con demasiado cariño. Muchos llevan dentro de sí los gérmenes de tal infierno sin darse cuenta; de ahora en adelante se sentirán como un rey que, después de vivir en el lujo, ha sido destronado y convertido en el hazmerreír. El segundo tipo de infierno espiritual es el de la vergüenza, cuando un hombre se despierta para ver la naturaleza de las acciones que cometió en su realidad desnuda. Así, el que calumnia se verá a sí mismo disfrazado de caníbal comiendo la carne de su hermano muerto, y al que envidió como quien arroja piedras contra un muro, las cuales, rebotando, sacan los ojos de sus propios hijos.

Esta especie de infierno, es decir, de la vergüenza, puede estar simbolizada por la siguiente breve parábola: Supongamos que cierto rey ha estado celebrando el matrimonio de su hijo. Por la noche, el joven se marcha con unos compañeros y regresa al palacio (según cree) ebrio. Entra en una cámara donde está encendida una luz y se acuesta, como supone, junto a su novia. Por la mañana, cuando regresa la sobriedad, se horroriza al encontrarse en un depósito de cadáveres de adoradores del fuego, su lecho es un féretro y la forma que confundió con la de su esposa, el cadáver de una anciana que comienza a descomponerse. Al salir del depósito de cadáveres con las ropas sucias, ¡qué vergüenza al ver a su padre, el rey, acercándose con un séquito de soldados! Tal es una imagen débil de la vergüenza que sentirán en el próximo mundo quienes en este se hayan abandonado codiciosamente a lo que pensaban que eran delicias.

El tercer infierno espiritual es el de la decepción y el fracaso para alcanzar los verdaderos objetos de la existencia. El hombre tenía la intención de reflejar la luz del conocimiento de Dios, pero si llega al mundo venidero con el alma densamente cubierta por el óxido de la indulgencia sensual, fracasará por completo en el objeto para el que fue creado. Su decepción puede calcularse de la siguiente manera: supongamos que un hombre pasa con algunos compañeros por un bosque oscuro. Aquí y allá, brillando en el suelo, se encuentran piedras de varios colores. Sus compañeros los recogen y cargan y le aconsejan que haga lo mismo. "Porque", dicen, "hemos oído que estas piedras tendrán un precio elevado en el lugar adonde vamos". Él, en cambio, se ríe de ellos y los llama tontos por cargarse ellos mismos en la vana esperanza de ganar, mientras él camina libre y sin trabas. En ese momento emergen a plena luz del día y descubren que estas piedras de colores son rubíes, esmeraldas y otras joyas de valor incalculable. La decepción y el disgusto del hombre por no haber reunido algunos cuando tan fácilmente a su alcance pueden ser más fáciles de imaginar que de describir. Tal será el remordimiento de aquellos en el más allá, quienes, mientras pasaban por este mundo, no se han preocupado por adquirir las joyas de la virtud y los tesoros de la religión.

Este viaje del hombre a través del mundo puede dividirse en cuatro etapas: la sensual, la experimental, la instintiva y la racional. En el primero es

como una polilla que, aunque tiene vista, no tiene memoria, y se chamusca una y otra vez a la misma vela. En la segunda etapa es como un perro que, una vez golpeado, huirá al ver un palo. En el tercero es como un caballo o una oveja, los cuales instintivamente vuelan ante la vista de un león o un lobo, sus enemigos naturales, mientras que no volarán de un camello o un búfalo, aunque estos últimos son mucho mayores en Talla. En la cuarta etapa, el hombre trasciende por completo los límites de los animales y se vuelve capaz, hasta cierto punto, de prever y prever el futuro. Sus movimientos, al principio, pueden compararse a caminar ordinariamente por tierra, luego a atravesar el mar en un barco, luego, en el cuarto plano, donde está familiarizado con las realidades, a caminar sobre el mar, mientras que más allá de este plano hay un quinto plano. , conocido por los profetas y santos, cuyo progreso puede compararse con volar por el aire.

Así, el hombre es capaz de existir en varios planos diferentes, desde el animal al angélico, y precisamente en esto radica su peligro, es decir, de caer hasta lo más bajo. En el Corán está escrito: "Propusimos la carga (es decir, la responsabilidad o el libre albedrío) a los cielos, la tierra y las montañas, y ellos se negaron a asumirla. Pero el hombre se encargó de sí mismo: en verdad es ignorante ". Ni los animales ni los ángeles pueden cambiar su rango y lugar asignados. Pero el hombre puede hundirse en el animal o remontarse al ángel, y este es el significado de su compromiso con esa "carga" de la que habla el Corán. La mayoría de los hombres optan por permanecer en las dos etapas inferiores mencionadas anteriormente, y los estacionarios siempre son hostiles a los viajeros o peregrinos, a quienes superan en número.

Muchos de la primera clase, que no tienen convicciones fijas sobre el mundo futuro, cuando son dominados por sus apetitos sensuales, lo niegan por completo. Ellos dicen que el infierno es simplemente una invención de los teólogos para asustar a la gente y miran a los teólogos mismos con un desprecio apenas velado. Discutir con tontos de este tipo es de muy poca utilidad. Esto, sin embargo, se le puede decir a un hombre así, con el posible resultado de hacer que se detenga y reflexione: "¿De verdad crees que los ciento veinticuatro mil profetas y santos que creyeron en la vida

futura estaban todos equivocados, y tienes razón al negarlo? " Si responde: "¡Sí! Estoy tan seguro como estoy de que dos son más que uno, que no hay alma ni vida futura de gozo y pena ", entonces el caso de un hombre así es desesperado; todo lo que uno puede hacer es dejarlo solo, recordando las palabras del Corán, "Aunque los llames a instrucción, no serán instruidos".

Pero, si dijera que una vida futura es posible pero que la doctrina está tan envuelta en dudas y misterio que es imposible decidir si es verdad o no, entonces uno le puede decir: "Entonces será mejor que le des la ¡beneficio de la duda! Suponga que está a punto de comer comida y alguien le dice que una serpiente le ha escupido veneno, probablemente se abstendría y preferiría soportar las punzadas del hambre antes que comerla, aunque su informante puede estar bromeando o mintiendo. O suponga que está enfermo y un escritor de encantamientos dice: 'Dame una rupia y te escribiré un hechizo que puedes atarte al cuello y que te curará', probablemente darías la rupia por la posibilidad de obtener algún beneficio. del encanto. O si un astrólogo dice: 'Cuando la luna haya entrado en una determinada constelación, beba tal o cual medicamento y se recuperará', aunque tenga muy poca fe en la astrología, es muy probable que intente el experimento con la posibilidad de que él podría tener razón. ¿Y no crees que la confianza está tan bien puesta en las palabras de todos los profetas, santos y santos hombres, convencidos como estaban de una vida futura, como en la promesa de un escritor de hechizos o un astrólogo? La gente emprende peligrosos viajes en barcos en aras de un beneficio meramente probable, y ¿no sufrirás tú un poco de dolor por la abstinencia ahora por el bien del gozo eterno en el más allá?

En una ocasión, el Señor Ali, al discutir con un incrédulo, dijo: "Si tienes razón, ninguno de nosotros será peor en el futuro; pero si tenemos razón, escaparemos y tú sufrirás". Esto lo dijo no porque él mismo tuviera alguna duda, sino simplemente para impresionar al incrédulo. De todo lo que hemos dicho se sigue que el jefe del hombre Los negocios en este mundo son prepararse para el próximo. Incluso si tiene dudas sobre una existencia futura, la razón sugiere que debería actuar como si la hubiera,

considerando los tremendos problemas que están en juego. ¡La paz sea con los que siguen la instrucción!



¿Acaso creían que los creé sin ningún sentido? ¿Creían que no iban a comparecer ante Mí?

(23:115)

¡Oh, creyentes! Tened temor de Dios, y que cada alma considere cuánto ha obrado para el mañana. Tened temor de Dios, porque Dios está bien informado de cuanto hacéis.

(59:18)

Diles: “La muerte de la que huis os alcanzará de igual forma. Luego tendréis que comparecer ante el Conocedor de lo oculto y de lo manifiesto, y Él os informará lo que hacíais”.

(62:8)

Ciertamente, los creyentes piadosos gozarán de las delicias (del Paraíso); mientras que los pecadores incrédulos estarán en el fuego (del Infierno).

(82:13-14)

## *CAPÍTULO CINCO*

# **EL AMOR DE DIOS**

**E**l amor de Dios es el más alto de todos los temas, y es el objetivo final al que nos hemos ido dirigiendo hasta ahora. Hemos hablado de los peligros espirituales que obstaculizan el amor de Dios en el corazón de un hombre, y hemos hablado de varias buenas cualidades como preliminares necesarios. La perfección humana reside en esto, que el amor de Dios debe conquistar el corazón del hombre y poseerlo por completo, y aunque no lo posea por completo, debe predominar en el corazón sobre el amor de todas las demás cosas. Sin embargo, comprender correctamente el amor de Dios es un asunto tan difícil que una secta de teólogos ha negado por completo que el hombre pueda amar a un Ser que no es de su propia especie, y han definido el amor de Dios como que consiste simplemente en la obediencia. Aquellos que sostienen tales puntos de vista no saben qué es la religión real.

Todos los musulmanes están de acuerdo en que el amor de Dios es un deber. Dios dice acerca de los creyentes: " Él los ama y ellos Lo aman"(5:54), y el Profeta dijo: "Hasta que un hombre ama a Dios ya su Profeta más que cualquier otra cosa, no tiene la fe correcta". Cuando el ángel de la muerte vino a tomar el alma de Abraham, este último dijo: "¿Alguna vez has visto a un amigo quitarle la vida a su amigo?" Dios le respondió: "¿Alguna vez has visto a un amigo que no esté dispuesto a ver a su amigo?" Entonces Abraham dijo: "¡Oh, Ángel de la muerte! ¡toma mi alma!" El Profeta enseñó la siguiente oración a sus compañeros: "Oh Dios, concédeme amarte y amar a los que te aman, y todo lo que me acerque a tu amor, y haz que tu amor sea más precioso para mí que el agua fría para los sedientos ". Hassan Basri solía decir: "El que conoce a Dios lo ama, y el que conoce el mundo lo odia".



Pasamos ahora a tratar el amor en su naturaleza esencial. El amor puede definirse como una inclinación a lo agradable. Esto es evidente en el caso de los cinco sentidos, cada uno de los cuales puede decirse que ama lo que le da placer; así, el ojo ama las formas hermosas, la música del oído, etc. Este es un tipo de amor que compartimos con los animales. Pero hay un sexto sentido, o facultad de percepción, implantado en el corazón, que los animales no poseen, a través del cual tomamos conciencia de la belleza espiritual y excelencia. Por lo tanto, un hombre que sólo está familiarizado con los placeres sensuales no puede entender lo que el Profeta quiso decir cuando dijo que amaba la oración más que los perfumes o las mujeres, aunque los dos últimos también le resultaron agradables. Pero aquel cuyo ojo interior está abierto para contemplar la belleza y perfección de Dios, despreciará todas las miradas exteriores en comparación, por hermosas que sean.

El primer tipo de hombre dirá que la belleza reside en el cutis rojo y blanco, los miembros bien proporcionados, etc., pero estará ciego a la belleza moral, a la que se refieren los hombres cuando hablan de tal o cual hombre. como poseedor de un carácter "hermoso". Pero aquellos que poseen una percepción interior encuentran muy posible amar a los grandes difuntos, como los califas Omar y Abu Bakr, debido a sus nobles cualidades, aunque sus cuerpos se han mezclado durante mucho tiempo con el polvo. Ese amor no se dirige hacia ninguna forma exterior, sino hacia el carácter interior. Incluso cuando deseamos excitar el amor en un niño hacia alguien, no describimos su belleza exterior de forma, etc., sino sus excelencias internas.

Cuando apliquemos este principio al amor de Dios, encontraremos que solo Él es digno de nuestro amor, y que, si alguien no lo ama, es porque no lo conoce. Todo lo que amamos en alguien lo amamos porque es un reflejo de Él. Es por esta razón que amamos a Muhammad (que la paz sea con él), porque él es el Profeta y el Amado de Dios, y el amor de los hombres eruditos y piadosos es realmente el amor de Dios. Lo veremos más claramente si consideramos cuáles son las causas que excitan el amor.

La primera causa es esta, que el hombre se ama a sí mismo y a la perfección de su propia naturaleza. Esto lo lleva directamente al amor de Dios, porque la existencia misma del hombre y los atributos del hombre no son más que el don de Dios, pero por cuya gracia y bondad el hombre nunca habría salido de detrás de la cortina de la no existencia al mundo visible. La preservación del hombre y el eventual logro de la perfección también dependen por completo de la gracia de Dios. De hecho, sería una maravilla que uno se refugiara del calor del sol bajo la sombra de un árbol y no le agradeciera, sin el cual no habría sombra alguna. Precisamente de la misma manera, si no fuera por Dios, el hombre no tendría existencia ni atributos en absoluto; ¿Por qué, entonces, no debería amar a Dios si no le ignora? Sin duda, los necios no pueden amarlo, porque el amante de Él surge directamente del conocimiento de Él, y ¿de dónde debería tener conocimiento el necio?

La segunda causa de este amor es que el hombre ama a su benefactor y, en verdad, su único benefactor es Dios, pues cualquier bondad que reciba de cualquier prójimo se debe a la instigación inmediata de Dios. Cualquiera que sea el motivo que haya motivado la bondad que recibe de otro, ya sea el deseo de obtener méritos religiosos o un buen nombre, Dios es el Agente que puso ese motivo a trabajar.

La tercera causa es el amor que despierta la contemplación de los atributos de Dios, su poder y sabiduría, de los cuales el poder y la sabiduría humanos no son más que el reflejo más débil. Este amor es similar al que sentimos por los grandes y buenos hombres del pasado, como el Imam Malik y el Imam Shafi, aunque nunca esperamos recibir ningún beneficio personal de ellos y, por lo tanto, es un tipo de trato más desinteresado. amor. Dios le dijo al profeta David: "Me es más querido ese siervo que no me busca por temor al castigo o por la esperanza de recompensa, sino para pagar la deuda de Mi Deidad". Y en los Salmos está escrito: "¿Quién es más transgresor que el que me adora por temor al infierno o por la esperanza del cielo? Si no hubiera creado ninguna de las dos, ¿no debería haber merecido ser adorado? "

La cuarta causa de este amor es la afinidad entre el hombre y Dios, a la que se refiere el dicho del Profeta: "En verdad, Dios creó al hombre a su semejanza". Además, Dios ha dicho: "Mi siervo busca la proximidad de Mí, para que pueda hacerlo Mi amigo, y cuando lo he hecho Mi amigo, me convierto en su oído, su ojo, su lengua". Nuevamente, Dios le dijo a Moisés: "Estaba enfermo, ¿y no me visitaste?" Moisés respondió: "¡Oh Dios! Tú eres el Señor del cielo y de la tierra: ¿cómo podrías estar enfermo? "

Dios dijo: "Un siervo mío estaba enfermo; si lo hubieras visitado, me habrías visitado a mí".

Este es un tema algo peligroso en el que insistir, ya que está más allá del entendimiento de la gente común, e incluso los hombres inteligentes han tropezado al tratarlo y han llegado a creer en la encarnación y la unión con Dios. Sin embargo, la afinidad que existe entre el hombre y Dios elimina la objeción de los teólogos antes mencionados, que sostienen que el hombre no puede amar a un Ser que no es de su propia especie. Por grande que sea la distancia entre ellos, el hombre puede amar a Dios por la afinidad indicada en el dicho: "Dios creó al hombre a su semejanza".

### **La Visión de Dios**

Todos los musulmanes profesan creer que la Visión de Dios es la cumbre de la felicidad humana, porque así lo establece la Ley; pero para muchos esto es una mera profesión de labios que no despierta ninguna emoción en sus corazones. Esto es bastante natural, porque ¿cómo puede un hombre desear algo de lo que no tiene conocimiento? Nos esforzaremos por mostrar brevemente por qué la Visión de Dios es la mayor felicidad que un hombre puede alcanzar.

En primer lugar, cada una de las facultades del hombre tiene su función apropiada que se deleita en cumplir. Esto es válido para todos, desde el apetito corporal más bajo hasta la forma más elevada de aprehensión intelectual. Pero incluso una forma relativamente baja de esfuerzo mental proporciona mayor placer que la satisfacción de los apetitos corporales. Por lo tanto, si un hombre está absorto en una partida de ajedrez, no

acudirá a su comida, aunque sea convocado repetidamente. Y cuanto mayor es el tema de nuestro conocimiento, mayor es nuestro deleite en él; por ejemplo, nos complacería más conocer los secretos de un rey que los secretos de un visir. Entonces, viendo que Dios es el objeto de conocimiento más elevado posible, el conocimiento de Él debe proporcionar más deleite que cualquier otro. El que conoce a Dios, incluso en este mundo, habita, por así decirlo, en un paraíso, " Compitan (entre ustedes en las buenas obras) para estar entre los primeros en alcanzar el perdón de su Señor y un Paraíso del tamaño del cielo y de la tierra, que ha sido preparado para quienes creen en Allah y en Su Mensajero. "(57:21) , un paraíso cuyos frutos no pueden tener envidia. le impiden desplumar, y cuya extensión no se reduce por la multitud de quienes la ocupan.

Pero el deleite del conocimiento aún no llega al deleite de la visión, al igual que nuestro placer al pensar en aquellos a quienes amamos es mucho menor que el placer que nos brinda verlos. Nuestro encarcelamiento en cuerpos de barro y agua, y el enredo en las cosas de los sentidos constituyen un velo que nos oculta la Visión de Dios, aunque no nos impide alcanzar algún conocimiento de Él. Por eso Dios le dijo a Moisés en el monte Sinaí: " Cuando Moisés acudió al encuentro y su Señor le habló, [Moisés] le pidió: "Muéstrate para que pueda verte". Dijo [Dios]: "No podrías verme. "(7:143).

La verdad del asunto es esta, que, así como la semilla del hombre se convierte en un hombre, y una datilera enterrada se convierte en una palmera, así el conocimiento de Dios adquirido en la tierra cambiará en el próximo mundo en la Visión de Dios, y quien nunca ha aprendido el conocimiento nunca tendrá la Visión. Esta Visión no será compartida por todos los que la conozcan, pero su discernimiento de ella variará exactamente como su conocimiento. Dios es uno, pero será visto de muchas maneras diferentes, así como un objeto se refleja de diferentes maneras por diferentes espejos, algunos lo muestran directamente y otros distorsionados, algunos claramente y otros tenuemente. Un espejo puede estar tan torcido como para hacer que hasta una forma hermosa parezca deformada, y un hombre puede llevar al otro mundo un corazón tan oscuro y distorsionado que la vista lo hará. será una fuente de paz y alegría para

los demás, será para él una fuente de miseria. Aquel en cuyo corazón el amor de Dios ha prevalecido sobre todo lo demás, obtendrá más gozo de esta visión que aquel en cuyo corazón no ha prevalecido así; así como en el caso de dos hombres con una vista igualmente poderosa, mirando un hermoso rostro, el que ya ama al poseedor de ese rostro se regocijará al contemplarlo más que el que no lo ama. Para la felicidad perfecta, el mero conocimiento no es suficiente, sin la compañía del amor, y el amor de Dios no puede tomar posesión del corazón de un hombre hasta que se purifique del amor al mundo, purificación que solo puede efectuarse mediante la abstinencia y la austeridad. Mientras está en este mundo, la condición de un hombre con respecto a la Visión de Dios es como la de un amante que debería ver el rostro de su Amado en el crepúsculo, mientras su ropa está infestada de avispones y escorpiones, que lo atormentan continuamente. Pero si el sol sale y revela el rostro de su Amado en toda su belleza, y las alimañas nocivas dejan de molestarlo, entonces el gozo del amante será como el del siervo de Dios, quien, liberado del crepúsculo y las pruebas atormentadoras de este mundo, lo contempla sin velo. Abu Suleiman dijo: "El que está ocupado consigo mismo ahora estará ocupado consigo mismo entonces, y el que está ocupado con Dios ahora estará ocupado con Él entonces".

Yahya Ibn Muaz relata: "Vi a Bayazid Bistami en oración durante una noche entera. Cuando hubo terminado, se puso de pie y dijo: '¡Oh Señor! Algunos de Tus siervos te han pedido y obtenido el poder de realizar milagros, de caminar sobre el mar y de volar por el aire, pero no te lo pido; algunos han pedido y obtenido tesoros, pero yo no los pido'. Luego se volvió y, al verme, dijo: '¿Estás ahí, Yahya?' y le dije, 'Yes'. Preguntó: '¿Desde cuándo? Respondí: 'Durante mucho tiempo'. Entonces pregunté que me revelara algunas de sus experiencias espirituales. 'Revelaré', respondió, 'lo que es lícito decirte. El Todopoderoso me mostró Su reino, desde el más alto al más bajo; Me elevó sobre el trono y el asiento y los siete cielos. Luego dijo: 'Pídeme todo lo que deseas'. Yo respondí: '¡Señor! No deseo nada fuera de ti ". "En verdad", dijo, "tú eres Mi siervo".

En otra ocasión, Bayazid dijo: "Si Dios te ofreciera la intimidad consigo mismo de Abraham, el poder en la oración de Moisés, la espiritualidad de Jesús, mantén tu rostro dirigido únicamente a Él, porque Él tiene tesoros que superan incluso estos". Un día un amigo le dijo: "Durante treinta años he ayunado de día y orado de noche y no he encontrado nada de ese gozo espiritual de que hablas". Bayazid respondió: "Si ayunaras y oraste durante trescientos años, nunca lo encontrarías". ¿Cómo es eso? . preguntó el otro. "Porque", dijo Bayazid, "tu egoísmo actúa como un velo entre tú y Dios". "Dime, entonces, la cura". "Es una cura que no se puede realizar". Sin embargo, cuando su amigo lo presionó para que lo revelara, Bayazid le dijo: "Ve al peluquero más cercano y hazte la barba; quítate la ropa, con la excepción de un cinturón alrededor de tus lomos. Coge un morral de caballo lleno de nueces, cuélgalo alrededor de tu cuello, entra en el bazar y grita: "Cualquier muchacho que me dé una palmada en la nuca tendrá una nuez". Luego, de esta manera, ve donde están sentados el Juez y los doctores de la ley ". "¡Bendice mi alma!" dijo su amigo: "Realmente no puedo hacer eso; sugiero algún otro remedio". "Este es el preliminar indispensable para una cura", respondió Bayazid, "pero, como te dije, eres incurable".

La razón por la que Bayazid indicó este método de curación por falta de deleite en la devoción fue que su amigo era un ambicioso buscador de lugar y honor. La ambición y el orgullo son enfermedades que solo pueden curarse de alguna manera. Dios le dijo a Jesús: "¡Oh Jesús! cuando veo en el corazón de Mis siervos amor puro por Mí mismo sin mezcla de ningún deseo egoísta con respecto a este mundo o al próximo, actúo como guardián de ese amor ". Una vez más, cuando la gente le preguntó a Jesús "¿Cuál es la obra más elevada de todas?" él respondió: "Amar a Dios y resignarse a su voluntad". Una vez le preguntaron a la santa Rabia si amaba al Profeta: "El amor del Creador", dijo, "me ha impedido amar a la criatura". Ibrahim Ben Adham, en sus oraciones, dijo: "¡Oh Dios! A mis ojos, el cielo mismo es menos que un mosquito en comparación con tu amor y el gozo de tu recuerdo que me has concedido ".

Aquel que supone que es posible disfrutar de la felicidad en el próximo mundo sin el amor de Dios, está muy equivocado, porque la esencia

misma de la vida futura es llegar a Dios como un objeto de deseo largamente dirigido y alcanzado a través de innumerables obstáculos. Este disfrute de Dios es felicidad. Pero si antes no se había deleitado en Dios, entonces no se deleitará en Él, y si su gozo en Dios fue leve antes, será leve entonces. En resumen, nuestra felicidad futura será estrictamente proporcional al grado en que hayamos amado a Dios aquí.

Pero (¡y que Dios nos proteja de tal condenación!) Si en el corazón de un hombre ha crecido el amor por lo que se opone a Dios, las condiciones de la próxima vida le serán completamente ajenas, y lo que causará el gozo a los demás le causará desdicha.

Esto se puede ilustrar con la siguiente anécdota: cierto carroñero entró en el bazar de los vendedores de perfumes y, oliendo los dulces aromas, cayó inconsciente. La gente lo rodeaba y le rociaban agua de rosas y le ponían almizcle en la nariz, pero él solo empeoró. Por fin llegó uno que también había sido un carroñero; sostuvo un poco de suciedad bajo la nariz del hombre y revivió instantáneamente, exclamando, con un suspiro de satisfacción, "¡Ah! ¡esto es perfume de verdad! " Así, en la próxima vida, un mundano ya no encontrará el lucro inmundo y los placeres inmundos del mundo; las alegrías espirituales de ese mundo le serán completamente ajenas y aumentarán su miseria. Porque el próximo mundo es un mundo de Espíritu y de la manifestación de la Belleza de Dios; feliz es aquel hombre que ha tenido como objetivo y ha adquirido afinidad con él. Todas las austeridades, devociones, estudios tienen la adquisición de esa afinidad por su fin, y esa afinidad es amor. Este es el significado del dicho del Corán: "El que ha purificado su alma es feliz". Los pecados y las concupiscencias se oponen directamente al logro de esta afinidad; por eso el Corán continúa diciendo: " (Por ello juro que) quien purifique su alma (obedeciendo a Allah) prosperará y triunfará, y quien la corrompa (desobedeciéndolo) fracasará. ".(91:9-10) Aquellos que están dotados de perspicacia espiritual realmente han comprendido esta verdad como un hecho de experiencia, y no una máxima meramente tradicional. Su clara percepción de ello les lleva a la convicción de que aquel por quien se habló era un profeta en verdad, así como un hombre que ha estudiado medicina sabe cuando está escuchando un médico. Esta es una clase de

certeza que no requiere el apoyo de milagros como la conversión de una vara en una serpiente, cuyo crédito puede verse afectado por milagros aparentemente igualmente extraordinarios realizados por magos.

### **Los signos del amor de Dios**

Muchos afirman amar a Dios, pero cada uno debe examinarse a sí mismo en cuanto a la autenticidad del amor que profesa. La primera prueba es la siguiente: no debería disgustarle la idea de la muerte, porque ningún amigo rehuye ir a ver a un amigo. El Profeta dijo: "Quien desee ver a Dios, Dios desea verlo". Es cierto que un amante sincero de Dios puede rehuir la idea de la muerte antes de haber terminado su preparación para el próximo mundo, pero si es sincero, será diligente en hacer tal preparación.

La segunda prueba de la sinceridad es que un hombre debe estar dispuesto a sacrificar su voluntad a la de Dios, debe aferrarse a lo que lo acerca más a Dios y debe evitar lo que lo aleja de Dios. El hecho de que un hombre peca no es prueba de que no ama a Dios en absoluto, pero prueba que no lo ama con todo su corazón. El santo Fudhail le dijo a cierto hombre: "Si alguien te pregunta si amas a Dios, guarda silencio; porque si dices: 'No lo amo', eres un infiel; y si dices: 'Lo amo', 'Tus hechos te contradicen'".

La tercera prueba es que el recuerdo de Dios debe permanecer siempre fresco en el corazón de un hombre sin esfuerzo, porque lo que un hombre ama lo recuerda constantemente, y si su amor es perfecto, nunca lo olvida. Sin embargo, es posible que, si bien el amor de Dios no ocupa el primer lugar en el corazón de un hombre, el amor del amor de Dios sí puede hacerlo, porque el amor es una cosa y el amor del amor otra.

La cuarta prueba es que amará el Corán, que es la Palabra de Dios, ya Muhammad (que la paz sea con él), que es el Profeta de Dios; si su amor es realmente fuerte, amará a todos los hombres, porque todos son siervos de Dios, es más, su amor abarcará toda la creación, porque quien ama a alguien ama las obras que compone y su caligrafía.

La quinta prueba es que codiciará el retiro y la privacidad para propósitos de devoción; anhelará la llegada de la noche, para poder mantener



relaciones sexuales con su Amigo sin impedimentos ni obstáculos. Si él prefiere conversar de día y dormir de noche a tal retiro, entonces, su amor es imperfecto. Dios le dijo a David: "No tengas demasiada intimidad con los hombres, porque dos clases de personas están excluidas de Mi presencia: los que buscan con empeño la recompensa y descuidan cuando la obtienen, y los que prefieren sus propios pensamientos al recuerdo de Mí". . Los. signo de Mi disgusto es que lo dejo a ellos mismos ".

En verdad, si el amor de Dios realmente se apodera del corazón, todo otro amor queda excluido. Uno de los hijos de Israel tenía la costumbre de orar de noche, pero, al observar que un pájaro cantaba muy dulcemente en cierto árbol, comenzó a orar debajo de ese árbol, para tener el placer de escuchar al pájaro. Dios le dijo a David que fuera y le dijera: "Has mezclado el amor de un pájaro melodioso con el amor por Mí; tu rango entre los santos ha disminuido". Por otro lado, algunos han amado a Dios con tal intensidad que, mientras estaban dedicados a la devoción, sus casas se han incendiado y no lo han notado.

Una sexta prueba es que la adoración se vuelve fácil. Cierta santo dijo: "Durante un espacio de treinta años realicé mis devociones nocturnas con gran dificultad, pero durante un segundo espacio de treinta años se convirtieron en un deleite". Cuando el amor a Dios es completo, ningún gozo es igual al gozo de la adoración.

La séptima prueba es que los que aman a Dios amarán a los que le obedecen y odiarán a los infieles y desobedientes, como dice el Corán: "quienes lo siguen son severos con quienes rechazan la verdad y compasivos entre ellos". El Profeta una vez le preguntó a Dios y dijo: "¡Oh Señor! ¿Quiénes son tus amantes? " y vino la respuesta: "Aquellos que se unen a Mí como un niño a su madre, se refugian en el recuerdo de Mí como un pájaro busca el refugio de su nido, y están tan enojados al ver el pecado como un león enojado que teme nada."

Esos que creen y cuyos corazones se tranquilizan con la mención de Allah". Ciertamente, los corazones encuentran sosiego al mencionar y glorificar a Allah (exaltando Su nombre) (13:28)